



LA RUEDA DEL AMOR

RECUERDOS DE UN DÍA DE CAMPO

Aquellas niñas hermosas  
que en suma beldad conformes,  
teniendo la tez cual nieve,  
tengan los ojos cual soles,

y el alma sintiendo, tiernas,  
herida de mal de amores,  
tanto les falte de esquivas,  
cuanto de bellas les sobre,  
salgan al campo conmigo  
ricas de gracias, adonde  
favor al Mayo risueño  
las brinden, con gracias dobles,  
corrientes aguas los valles,  
frescos doseles los bosques,  
con su verdura los campos  
y con su esencia las flores.  
Oiréis sonar encontrados,  
y aunque encontrados, acordes,  
los enamorados trinos  
de músicos ruseñores,  
cuando en sentidos acentos  
mustias las tórtolas lloren,  
dando en su vuelo á los aires  
matices, plumas y sonos.  
Venid, y hagamos la rueda  
llamada de los amores  
(que al aprenderla de niño,  
no la olvidé desde entonces),  
las ricas flores hollando,  
y el aire hendiendo veloces,  
el aire con los cabellos,  
y con las plantas las flores.  
Las blancas manos asiendo,  
y tan blancas, que las córtes  
nunca tan nítidas manos

dan á sus reyes en dote,  
en torno agitada festiva  
los aires murmuradores;  
que yo vendaré mis ojos,  
haciendo del día noche.  
Volad, palomas; que osado  
yo espantaré los halcones,  
si alguna vez para heriros  
muestran sus garras feroces.  
Volad, que á la que esta rama,  
pasando furtiva, toque,  
con la venda de mis ojos  
habrá de nublar sus soles.  
— ¡Oh, qué triste es nuestros ojos  
cubrir de sombras informes,  
y no sentir de los vuestros  
los penetrantes arpones,  
ni ver con ansias mortales  
de vuestra faz los colores,  
ni sobre el aura, al tenderlos,  
de vuestros talles los cortes!  
Niñas, corred; que aun no escucho  
con plácidas emociones  
de vuestras ropas flotantes  
los sutilísimos roces;  
y aunque me pesa en el alma,  
no siento los corazones  
que muellemente se agitan  
bajo esos pechos de bronce.  
Volad, palomas; que osado  
yo espantaré los halcones,  
si alguna vez para heriros  
muestran sus garras feroces.  
Volad, que á la que esta rama  
pasando furtiva, toque,  
con la venda de mis ojos  
tendrá que nublar sus soles.

Mas ¿cómo sin dar amante  
á vuestro enojo ocasiones,  
huís, dejándome solo,  
sin advertirme por dónde,  
tal que siquiera dejasteis,  
pasando como ilusiones,  
ni removida la arena,  
ni destroncadas las flores?  
Sin duda en mágico vuelo,  
como celestes visiones,  
entre la grama y los aires  
os deslizasteis veloces,  
huyendo mi fe constante,  
pues vuestros pechos traidores

tienen el aire por guía,  
y la inconstancia por norte.  
¡Una y mil veces mal haya  
quien de vuestras invenciones  
amante se fía, y de ellas  
la falsedad no conoce!  
Y más que en tanto á la sombra  
de esos altísimos robles  
maldiga yo vuestro agrado,  
y mis desagradados lloré;  
vosotras entretenidas  
mirad las aguas que corren;  
que bien está vuestra fe  
con su inconstancia conforme,  
pues no hay onda que no agiten  
á cualquier viento que sople,  
ni conchas que no remuevan,  
ni árbol ni flor que no mojen,  
ni campos que no dibujen,  
ni imágenes que no borren,  
ni risas que no deshagan,  
ni círculos que no formen.

Mas luego que el sol sus rayos  
extienda en el horizonte,  
haciendo en las nubes iris  
tocando el mar de colores;  
y luego que en regia pompa  
parezcan á sus fulgores  
mares de sombra los valles,  
y mares de luz los montes,  
vendréis á buscar frescura  
cuando el calor os agobie,  
y me tendréis que encontrar,  
aunque no queráis entonces;  
y yo á la sombra tendido  
de estos altísimos robles,  
no os he de dejar el puesto,  
por más que tierno os adore,  
ni miraré enamorado  
de vuestra faz los colores,  
ni sobre el aura, al tenderlos,  
de vuestros talles los cortes;  
y no vendaré mis ojos,  
mas que en no hacerlo os enoje,  
y hasta ahogará mis suspiros,  
aunque con ellos me ahogue.

Haré todo esto que digo,  
y más que veréis entonces,  
y á fe de amante lo juro  
por esas aguas que corren.



## LA ACCION DE BELASCOAIN

CANCIÓN DEDICADA AL BIZARRO GENERAL

DON DIEGO LEÓN, CONDE DE BELASCOAIN.

Helos allí ganando  
la alta cerviz de la empinada sierra,  
en pos del fiero bando  
que de ella huyendo, y proclamando guerra,  
va en las nubes buscando  
una segura vía,  
pues ya su cobardía  
no encuentra asilo en la espaciosa tierra.  
Ved á León, en su furor tremendo,  
gritar desde la altura:  
«¡Guerra, soldados! del cañón horrendo  
al fúnebre tronar, la lumbre pura  
del sol mil nubes condensadas cieguen;  
de púrpura humeante  
montes y valles sin piedad se aneguen;  
el Arga murmurante  
restos humanos cuajen;  
de sangre palpitante  
tantos arroyos de las cumbres bajen,  
cuantos soldados á las cumbres lleguen.»

A su voz respondiendo  
bronco el cañón, majestuoso suena,  
que de un discordo estruendo  
hincha los valles y los campos llena;

y fugaz discurriendo  
ya en el vago horizonte,  
ya desde el prado al monte,  
todo el contorno en derredor atruena.

Del ronco son, que libertad pregona,  
la alta montaña herida,  
estremece su rústica corona,  
de pinos, hayas y laurel tejida.  
Huye el rebelde, y entre riscos quiere  
guardar la vida odiosa;  
que la vida al honor el vil prefiere.  
Mas en su cueva umbrosa  
le sorprende espantado  
una muerte afrentosa;  
y el último ¡ay! del huracán llevado,  
como su orgullo, en el espacio muere.

¡Tan vilmente se humilla,  
y osa á los libres imponer sus leyes  
esa infernal cuadrilla?  
¡Dignos vasallos de tan dignos reyes!!  
¡A la alzada cuchilla  
se rinden del verdugo?  
¡No será leve el yugo  
que agobie el cuello de tan mansas greyes!  
Levantad la cerviz que de un tirano  
huella la inmunda planta,  
y torpes no llenéis el nombre hispano  
de tanto oprobio, de ignominia tanta.  
De esos ilusos desechad el ruego;  
que el premio de afán tanto,  
entre cadenas os lo guardan luego.  
Mas huid con espanto,  
huid, turba obcecada;  
yo os execro en mi canto;  
la luz de la razón os es privada;  
que torpes sois, y el fanatismo es ciego.

Seguid hasta la cumbre,  
libres soldados, la canalla impía,  
y en fiera muchedumbre

baje rodando de la selva umbría.  
La negra servidumbre  
purgad del patrio suelo;  
que no suban al cielo  
votos que afrentan á la patria mía.  
Derrocad ese trono que sustenta  
tantos ídolos falsos,  
en derredor del cual, por más afrenta,  
la baja adulación sembró cadalsos.  
¡Guerra, soldados! su ominosa vida  
rinda el vil en ofrenda.  
¡Guerra! y no el alma á compasión movida  
vuestra espada suspenda.  
De esa cobarde gente  
no os prometáis la enmienda:  
quien servil una vez dobló la frente,  
nunca el camino del oprobio olvida.

Ya el doblar aguerrido  
del trémulo atambor se va atenuando,  
y el hórrido estampido  
se trueca del cañón en eco blando.  
El humo ennegrecido,  
que, como denso velo,  
roba la luz del cielo,  
raudo disipa el aquilón soplando.  
El Arga turbio en campos de esmeralda  
se arrastra ensangrentado,  
y afean charcos de carmín y gualda  
el verde esmalte del florido prado.  
Cadáveres sin fin del monte frío  
coronan el altura;  
cadáveres sin fin del soto umbrío  
ocupan la llanura.  
Ya el estruendo se aleja;  
cesó la guerra dura;  
sólo en el valle, como en son de queja,  
callan los ecos y murmura el río.





## TU BOCA

ARA formar tan hermosa  
esa boca angelical,  
hubo competencia igual  
entre el clavel y la rosa,  
la púrpura y el coral.

Mintiendo sombras de bien,  
en ella el mal se divisa,  
por lo que juntos se ven  
ya la apacible sonrisa,  
ya el enojoso desdén.

Y en los senos abrasados  
engendra con doble holganza,  
ó con tormentos doblados,  
cada risa una esperanza,  
cada desdén mil cuidados.

Cual las conchas orientales  
es tu boca, y por vencerlas  
muestra en riquezas iguales,  
cuando desdena, corales,  
y cuando sonríe, perlas.

Y si con sombras de bien  
tal vez el mal se divisa,  
es porque en ella se ven  
guardar la miel de su risa  
las flechas de su desdén.

Si á mí su rigor alcanza,  
al ver su hermosura, siente  
el corazón doble holganza;  
y aunque un desdén me atormente,  
deme una risa esperanza.

¡Bien haya la dulce boca,  
que sólo sus frescos labios  
el aura pasando toca;  
que haciendo al ámbar agravios,  
su miel á gustar provoca!

¡Oh, bien haya cuando ufana  
dando enojos á la rosa,  
muestra su cerco de grana,  
fresca como la mañana,  
como el azahar olorosa!

Y si acaso dulcemente  
suelta plácidas congojas,  
ya es el rumor del ambiente,  
ya el susurro de las hojas,  
ya el murmurar de la fuente.

Si alegres sonos respira,  
las aves del prado encanta;  
y si á vencerlas aspira,  
con las que gimen, suspira;  
con las que gorjean, canta.

Tu miel, aroma y colores,  
rinde en amante oblación,  
flor, ante cuyos primores,  
mustias é inútiles flores  
las flores del valle son.

El néctar más regalado  
deja que de amores loco  
beba en tu labio abrasado;  
para una abeja es sobrado  
lo que para muchas poco.

Mas ¡ay! que vertiendo quejas,  
me esquivas tu dulce miel;  
en vano de una te alejas  
si ves que miles de abejas  
poblando van el verjel.

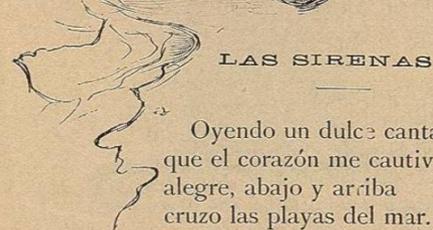
¡Ay de la rosa encarnada,  
que en su seno de carmín  
niega á una abeja la entrada!  
Tantas la acosan al fin,  
que queda sin miel, y ajada.

¡Ay de las cándidas flores,  
si alzan su capullo tierno  
del estío á los ardores!  
¡Ay del panal, si el invierno  
lo hiela con sus rigores!

Dame los gustos sin tasa,  
pues ves que el sol estival  
las tiernas flores abrasa:  
mira que amarga el panal  
cuando de sazón se pasa.

Ríndete á mí placentera:  
no te rinda con agravios  
de abejas la turba fiera:  
que herir esos dulces labios  
herirme en el alma fuera.

De ese tesoro las llaves  
dame, y sus dones ardientes  
libaré en besos suaves,  
sin que lo canten las aves,  
ni lo murmuren las fuentes.



## LAS SIRENAS

Oyendo un dulce cantar  
que el corazón me cautiva,  
alegre, abajo y arriba  
cruzo las playas del mar.

Pues no hay recuerdos ni penas  
que no revista de encanto  
ese dulcísimo canto  
de esas que llaman *sirenas*,

Aunque á sus tiernos cantares  
ensayen rudos concertos,  
bramando roncros los vientos,  
sordos mugiendo los mares.

Mirando al agua, las horas  
paso en la fresca ribera,  
por ver las sombras siquiera  
de tan divinas cantoras.

Mas aun no sé cuándo bellas  
hieden las ondas esquivas,  
ni si deslizan furtivas  
sobre las aguas sus huellas.

Jamás las ví entre la bruma  
cruzar los aires sutiles,  
ni adormecerse gentiles,  
meciendo esquifes de espuma.

Ignoro si divertidas,  
cuando las ondas se amansan,  
tal vez alegres descansan  
sobre las rocas tendidas;

Y cuando horrisono ensaya  
hondas tormentas el mar,  
tampoco sé si á buscar  
vienen asilo á la playa.

Voy, por mirarlas á solas,  
de roca en roca saltando,  
y al desbravarse, mirando  
una por una las olas.

Mas nunca en la densa bruma  
llego á mirar las sirenas,  
ni en las revueltas arenas,  
ni en rocas, aguas ni espuma.

Y sólo llego á escuchar  
cómo responde entretanto  
al dulce son de su canto  
con broncos tumbos el mar.